

Nuestros problemas inmediatos

León Trotsky

12 de diciembre de 1919

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 2, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 79-86; también para las notas. Discurso en la reunión de los responsables políticos del Ejército Rojo, el 12 de diciembre de 1919.)

El problema de la dirección unipersonal se ha convertido en el punto central. Supongo que porque se trata de una cuestión nueva. Hay no pocas tareas que son para nosotros más urgentes, y prácticamente más esenciales, que esa cuestión, cuya importancia (aunque sea grande) se sitúa únicamente, por el momento, en el plano de los principios. El camarada Smilgá ha sido el primero en plantear en la prensa la cuestión del paso a la dirección unipersonal¹. Y ha sido suscitada en el departamento militar para su discusión directa y concreta, a fin de resolverla en breve plazo.

Las consideraciones de principio que han sido expuestas contra la fusión de las funciones de comandante y de comisario son poco convincentes. Algunos camaradas decían: tienen lugar tantos complots y sublevaciones y queréis suprimir los comisarios. Pero este argumento podría invertirse diciendo: había comisarios y sin embargo hubo complots y sublevaciones. Claro es, se producen todavía casos de traición. Ocurre que algunos comandantes se pasan al enemigo y hay que cazarlos y fusilarlos. Pero no son siempre los comisarios quienes lo hacen. Según las circunstancias de ello se encarga una sección especial, la sección política.

No puede decirse que la institución de los comisarios constituya una garantía contra las traiciones individuales o la fuga al campo enemigo. La fundación del comisariado tuvo la significación de una caución política: como la gran masa de soldados rojos no tenía confianza en los mandos, los comisarios eran los mediadores entre los mandos y la masa de soldados, los que respondían por los comandantes. Creo que este periodo está acabándose. Ahora la masa de soldados rojos comprende que nos vimos obligados a utilizar los especialistas militares. Las masas que participaron en los combates y se encontraron en situaciones difíciles vieron a los comandantes en la práctica: a unos los vieron morir y a otros huir. Nuestro personal de mando, camaradas, cae en el combate en gran proporción, caen los antiguos oficiales. Los soldados rojos lo saben. Y ahora el comisariado, que era una especie de biombo cubriendo al personal de mando, ya no es necesario para esos fines. El ejército se ha consolidado suficientemente.

Existe otro argumento: el comisariado es una escuela para los comandantes. Pero aquí se ha objetado, con mucha razón, que si es una escuela lo es artificialmente, separando a los alumnos de la práctica. Si se trata de un soldado podemos promoverlo a

¹ Las tesis del camarada Smilgá fueron expuestas en su discurso de diciembre de 1919 en la reunión de cuadros políticos. Oponiéndose al sistema de dirección colegial, el camarada Smilgá propuso instituir, en lugar de los consejos militares, los cargos de comisarios especiales, a los que quedarían directamente subordinados las secciones políticas, las secciones especiales y los tribunales militares revolucionarios. Según su concepción, estos mismos comisarios deberían llevar igualmente el aparato de recompensas. Además de esto el camarada Smilgá consideró posible: 1) conceder a los comandantes el derecho de dar órdenes solos, 2) abolir los comisarios en los departamentos y unidades militares a cuyo frente estuviesen personas probadas. El artículo del camarada Smilgá sobre el mando unipersonal está incluido en el número 2, de 1919, de *Voenoé Misl* [*Pensamiento Militar*], órgano del Consejo Militar Revolucionario del Frente del Este.

jefe de sección, si de un suboficial hacerlo jefe de compañía; más tarde los enviamos a cursos de mandos y luego a la academia militar. Porque nosotros tenemos escuelas en el sentido directo del término: si alguien tiene necesidad de experiencia de combate puede obtenerla como soldado raso o como ayudante del comandante.

La cuestión que nos ocupa hay que abordarla mucho más directamente. Cuando nosotros hemos creado el comisariado veíamos en él, evidentemente, no sólo una escuela de mando, sino un cierto tipo de institución política. El instituto de comisarios, podría decirse, es un andamiaje. Cuando se construye una casa comienza por levantarse el andamio. Nuestra edificación militar soviética constituye, en el proceso de su construcción, un andamiaje bastante voluminoso, que en general exige un gran trabajo, aparte de la dirección directa asumida por los comisarios. El edificio llega ahora a su terminación. Se puede ir quitando poco a poco el andamiaje, pero poco a poco, claro está, para que el edificio no se derrumbe y no perezcan todos los que se encuentran en la obra.

Yo defiendo el principio de que a la cabeza de cada unidad esté el comandante. No es conveniente desdoblarse la personalidad del comandante. Este debe gozar de autoridad tanto en el aspecto de mando como en el político moral, cuando no en el de partido. Lo ideal, naturalmente, sería que también en el aspecto de partido tuviera autoridad, pero si la posee en el plano político moral, si la masa de soldados sabe que el comandante no engaña y no traiciona, ello es plenamente suficiente. Por lo demás, creo que deben tomarse medidas en esa dirección, comenzando por las instituciones donde sea menos delicado; por ejemplo, en los órganos de abastecimiento. Pero todo hay que pensarlo bien. Poner, por ejemplo, de comandante de regimiento a un comunista inexperto en la materia sería arriesgado, pero en el aparato de la organización de abastecimiento tenemos gran número de comunistas que trabajan junto con especialistas. Hay que decir que en este sector los especialistas suelen trabajar bastante mal. La gente activa son habas contadas, y por eso una buena proporción de comunistas debería asimilar este trabajo. Aquí podríamos dejar un mínimo de especialistas, los más necesarios, y todo el trabajo restante pasarlo a los comunistas. En el caso de que el comunista no haya asimilado aún suficientemente la técnica de su trabajo, el especialista puede quedar a su lado como ayudante. Si el especialista es un funcionario excelente pero no hay razones para confiar plenamente en él desde el punto de vista político, siempre es posible observarlo. Y no es obligatorio que la observación corra a cargo del comisario: puede encargarse de ella la mecanógrafa, alguien del personal de servicio, incluso el chófer, pero no es forzoso, en general, que se encargue el comisario. Tomemos, por ejemplo, la dirección de sanidad militar, donde se aplica tan rigurosamente el principio de que a la cabeza de todas las actividades haya un comunista. Debe reconocerse, sin embargo, que es el más podrido de nuestros servicios.

En todo caso, camaradas, creedme que en este asunto no procederemos abruptamente. Yo me opongo a todo decreto del género: donde el comandante sea comunista hay que suprimir el comisario comunista. Semejante disposición crearía una situación muy embarazosa, tanto para los comisarios como para los especialistas. ¿Cómo proceder, por ejemplo, con los comandantes neutrales, o que sólo la víspera se inscribieron en el partido? ¿Cómo determinar, en esos casos, si es necesario o no que tengan a su lado un comisario?

Quisiera ahora llamar la atención sobre algunas cuestiones prácticas que deben desempeñar un gran papel.

La primera cuestión importante es la pequeña cantidad de bayonetas en relación con la cantidad de movilizados. Hemos movilizado a millones, pero nuestras bayonetas se cuentan sólo por cientos de miles. ¡Como si una gran cantidad de soldados se nos deslizaran entre los dedos! Nuestra tarea fundamental en este aspecto es asegurar un

registro más severo. Hay que crear una libreta de servicio para cada soldado, de manera que se sepa lo que recibe y lo que tiene. En cumplimiento de una orden, los ejércitos han formado comisiones de lucha contra la deserción compuestas del comisario, el comandante y el comisario de la sección política. Estas comisiones están subordinadas a la Comisión Central contra la Deserción. La indicada libreta de servicio de cada soldado sería una medida muy eficaz para asegurar la inscripción de todos en el registro. Después, en otra orden, hemos decidido que el Consejo Militar Revolucionario del Ejército o el comandante y el comisario, cada uno en su división, vigilen atentamente para que no haya hombres superfluos, ocupados en no hacer nada. En muchos sitios se forman grupos sin tareas precisas. Hemos movilizad o a varios millones y aún nos queda por movilizar a los nacidos en 1901. El próximo periodo de control del reclutamiento nos dará algo, pero no mucho. Los combates se suceden y tenemos que aprender a economizar el material humano; de lo contrario podemos estrellarnos contra dificultades internas de carácter organizacional.

Antes que nada, en una palabra, hay que lograr una proporción más razonable entre el número de los que tienen fusil y el número de movilizados. No puede admitirse que haya ociosos.

Necesitamos, además, que algún organismo se encargue de la conservación de los bienes militares. Ahora abastecemos al ejército mejor que hace un año o medio año (todos lo reconocen), pero no podemos soportar el consumo que se hace del material que llega al ejército. El monto de los pedidos que nos llegan de la oficina central de distribución o del centro de acopios militares, es fantástico: decenas de millones de mudas interiores, millones y millones de capotes militares, de botas. En lo que se refiere a las botas, por ejemplo, resulta un promedio de ¡tres a cuatro pares por individuo al año! Esto no es normal. Un gasto tan extraordinario en todas partes se debe al descuido y por eso necesitamos que se organice bien la administración, desde la compañía al regimiento. No puede conseguirse esto a través de la sección política y además no estaría justificado. Basta, sencillamente, con llevar un registro del material. Yo no quiero asustaros, camaradas, pero debo decir que, si bien Denikin y Kolchak no han podido con nosotros, pueden hundirnos los capotes militares y las botas.

Deseo tocar ahora el problema del guerrillerismo, que tiene especial importancia en el sur y en el este. En el frente sur el guerrillerismo está siendo liquidado. Hay tendencia a proceder con cierto oportunismo en este problema, cosa que ya en el pasado nos causó bastantes perjuicios. Algunos ejércitos intentan incluir a los guerrilleros en las unidades que están en campaña. Es necesario, camaradas, que los aquí presentes, procedentes del frente sur, vuelvan allí con la firme convicción y voluntad de acabar, sea como sea, con ese escándalo. Los comandantes de las unidades en operaciones no pueden incluir voluntarios en las filas de las tropas regulares. Los que procedan contrariamente serán juzgados. Esto concierne, sobre todo, a los elementos ucranianos, que según dicen ellos mismos arden en deseos de combatir, cuando en realidad las tres cuartas partes arden en deseos de lanzarse al pillaje. En ningún caso hay que admitir inmediatamente a esos elementos en las unidades que están en campaña. Sólo probarán que quieren ser buenos soldados del Ejército Rojo aquellos que acepten ir a un batallón de reserva y pasar allí por lo menos un mes. En cuanto entramos en contacto con los destacamentos guerrilleros comienza a manifestarse su influencia negativa en las unidades que están en operaciones y por eso no podemos admitir ninguna participación de los mismos en esas unidades, y si algún comisario se ha mostrado débil en este aspecto, la sección política debe dar la alarma inmediatamente, telegráficamente, tanto al frente como aquí, a Moscú. Semejantes fenómenos son intolerables y todos los destacamentos guerrilleros deben comprender que no se trata de ofenderles sino de que el régimen interno del Ejército Rojo es tal que no se

puede entrar en él sin estar bien limpio y peinado. Que el que quiera entrar primero pase por el baño, luego nos escuche en los mítines, y después trabaje bajo las órdenes de algún camarada veterano: así es nuestro régimen, convertido en orden legal. Si somos firmes en este aspecto y aplicamos nuestros principios inflexiblemente, ningún destacamento guerrillero puede ver en ello ofensa alguna; aprenderá, en cambio, cuál es el régimen interno del Ejército Rojo. En este terreno hay que ser tremendamente inflexibles. Y si algún destacamento insumiso logra introducirse entre nosotros será mejor despedirlo, que se vaya de nuevo a la retaguardia de los blancos y allí muestre de lo que es capaz, sin permitirle que descomponga nuestras filas.

En aquellas unidades de nuestro ejército contiguas a los destacamentos de Majnó debe ser reforzado el núcleo de comunistas y designados comandantes y comisarios capaces de ejercer la mayor influencia, porque en esas unidades, cuando son algo inestables, el contacto con los majnovistas tiene un efecto deletéreo. Los miembros del comisariado deben realizar en cada unidad una amplia agitación contra los majnovistas, tanto oral como impresa. Es lógico que el nombre de Majnó goce ahora de popularidad. Se apodera de ciudades y de ferrocarriles. Pero no hay que perder de vista que Majnó cederá Ucrania a Denikin con la misma facilidad con que ahora se la coge. En cuanto Majnó entre en territorio soviético tendrá una conducta de traición para con el Ejército Rojo. Frente al majnovismo no se puede proceder de manera oportunista, y a este respecto tenemos una orden² de la que no hay que apartarse ni un paso³.

En cuanto a la creación del ejército ucraniano debo decir lo siguiente. Nosotros, claro está, no tenemos nada contra la creación de un ejército ucraniano, pero ahora hay tal relajamiento psicológico en Ucrania, desde el punto de la disciplina, que conviene abordar con mucha cautela la creación de ese ejército. La tarea máxima que es posible proponerse a este respecto en un primer tiempo es la creación de cuatro a cinco regimientos modelos.

¿Cómo hacerlo? Hay que seleccionar los mejores combatientes ucranianos, comunistas y simpatizantes, y enviarlos a cursos ucranianos de mandos de mayor duración (aunque sólo sea de seis u ocho meses) para formarlos allí, o bien distribuirlos entre los mejores cursos de Rusia, formar determinados cuadros, y después, en torno a ellos, crear unidades militares. Será necesario, por lo demás, incluir en esas unidades camaradas probados de otras a fin de inculcar la disciplina. Siguiendo esta vía llegaremos a la movilización de los obreros ucranianos, pero ahora no podemos decretar la movilización general en Ucrania, porque dado el relajamiento psicológico y la influencia, todavía importante, del elemento kulak, el ucraniano movilizado no haría más que pasar por el cuartel para recibir un fusil y volverse con él a su casa. Vosotros sabéis que con esta cuestión está ligada la de proceder al desarme de toda la población campesina de Ucrania. Tal vez tengamos que organizar, con los cuadros más seguros, destacamentos con misiones especiales, que instalen barreras para controlar el movimiento de la población, que con la ayuda de individuos seleccionados de la región procedan al desarme de toda la población en la zona de acción de los ejércitos. Será necesario prestar a este problema la más seria atención.

Hay que detenerse ahora en el problema de la reputación militar. Nuestro ejército es demasiado anónimo, y nuestros soldados rojos, nuestros comisarios, son muy poco sensibles a la fama militar. La censura militar está concebida de tal manera entre nosotros, que en los periódicos se dice siempre: ejército X, regimiento X, unidad X. Yo di en Petrogrado una orden relativa al VII Ejército. El censor militar (que casualmente era una mujer) declaró al representante del periódico *Petrogradskaya Pravda*: “Clausuro vuestro

² Orden del día, número 180 (secreta) del 11-XII-1919.

³ Orden secreta número 180. [L.T.]

periódico por no haber cumplido la orden de Trotsky; habéis hablado del VII Ejército”. Pero, por favor, Yudénich tiene millares de prisioneros nuestros y conoce perfectamente no sólo el número de orden de nuestros ejércitos sino el de cada división y el de cada regimiento. Habrá que solicitar de la censura militar que nos conceda una pequeña constitución con derecho a hablar de nuestras grandes acciones militares. El consejo militar revolucionario de cada ejército sabe muy bien, como es natural, si cuenta con alguna unidad nueva que conviene ocultar, pero si el ejército está en el sector hace medio año es evidente que el enemigo conoce qué división tiene enfrente, si es la 28 o la 26, y no tiene sentido escribir “división X”, cuando hace falta popularizar la División 28, a fin de que cada soldado aspire a mantener el honor de su división, y de que otras divisiones aspiren a igualarse con la que se ha distinguido. Se trata de un sentimiento legítimo de emulación. La popularidad es necesaria. Cuando los cuadros políticos tengan dudas sobre si puede o no citarse tal o tal hecho deben consultar el caso con el comisario del ejército y con el Consejo Militar Revolucionario.

Sobre los cursos de mandos. No están a la altura debida. Para lograr que lo estén hay que prolongar la duración de la enseñanza. Esta está ligada al problema de efectivos del comisariado. Cuantos más comunistas pasen por esos cursos, tanto mejor irán las cosas.

Ahora, acerca de la agitación en las filas enemigas. Es claro que ahora, cuando atacamos victoriosamente en todos los frentes, la dirección política en su conjunto, lo mismo que las secciones políticas de los ejércitos y divisiones, han de prestar atención especial a la descomposición de las filas enemigas, y para ello es necesario elaborar una literatura especialmente adaptada al frente dado. En algunos ejércitos y divisiones se editan ya publicaciones de ese tipo, algunas excelentes y otras menos logradas. Sería conveniente que nos las enviaran. La necesidad de centralismo en este dominio es evidente. Hay que ampliar por todos los medios la edición de propaganda para las filas enemigas.

Otra cosa, aún. He recibido varias cartas mencionando que, en algunos estados mayores, e incluso en instancias más altas, florece la borrachería. Hay que declarar la guerra a ese fenómeno. Los comisarios no sólo no manifiestan la debida energía en esta lucha, sino que a veces ellos mismos participan de la borrachera. Es indispensable adoptar medidas, plantear la cuestión a través de la dirección política, de tal manera que acabemos con eso. Nos movemos en un territorio rico en toda clase de alcohol y la cosa puede quebrantarnos duramente. La caballería de Mamontov se destruyó ella misma con la borrachera y el pillaje. Hay que andar con los cinco sentidos. El ejército puede descomponerse con bastante facilidad en territorio ucraniano.

He recibido cartas comunicando que en algunas unidades abundan las bofetadas. A través de Máximo Gorki me ha llegado una comunicación de ese género: “¡Nos pegan!”, se dice en ella. Incluso algunos comunistas han exclamado delante de mí, con toda sinceridad: “¡Le daría una hostia...!” Que, en el combate, bajo el fuego enemigo, se fusile a alguien por traición, es una cosa; pero si el soldado sabe que se le puede abofetear eso significa tal pérdida de dignidad, tal envilecimiento, que con ello debemos acabar radicalmente, sea como sea. Hay que asegurar el respeto a la persona del soldado rojo.

En relación con el problema del mando unipersonal hay que establecer una norma en la emisión de las órdenes. Se ha especificado que las órdenes de los comisarios sin la firma de los comandantes no son válidas. ¿Tiene derecho un comisario, o un miembro del consejo militar revolucionario del ejército, a dar una orden administrativa sin firma del comandante del ejército? De ninguna manera. Sin embargo, sucede y es una falta. De ello se ha quejado uno de los mejores comandantes, el camarada Tujachevski, al regresar del

frente oriental. Dice que siempre ha tenido las mejores relaciones con el comisario, pero esa cuestión no ha sido regulada y exige solución.

Finalmente, quiero decir algo a propósito del tono optimista con que se habla de la paz. Nuestra prensa de partido, como por inercia, sigue hablando de la paz. Las cosas, sin embargo, no son tan simples. En Copenhague, por ejemplo, se habla de expulsar al camarada Litvinov porque en torno a él se agrupan, supuestamente, determinados elementos, y él mismo hace agitación⁴. Los Aliados son todavía bastante fuertes y los fuertes nunca retroceden sin combate. Conocen muy bien el estado de nuestro transporte y abastecimiento y su interés directo es agotarnos: esperan a que lleguemos al Mar Negro, donde nos encontraremos, posiblemente, con árabes, negros, indostánicos, etc. ¡Quién sabe si las secciones políticas van a tener que aprender las lenguas africanas! Sería extraordinariamente peligroso que en el ejército se crease la impresión de que estamos llegando al fin de la guerra, sostenemos conversaciones, etc. Aún no estamos ahí, de ninguna manera, y cuando enviamos los comisarios a los ejércitos con tareas de propaganda, hay que emplear, ciertamente, nuestra declaración de paz (que aún no ha tenido eco alguno) pero hay que emplear también la declaración del camarada Smilgá sobre que nos espera el más crudo y terrible de los inviernos, y debemos acortar este periodo de grandes sufrimientos para el ejército y el país poniendo en tensión, a la máxima tensión, nuestras energías.

Esto puede lograrlo nuestro partido comunista a través de los órganos políticos del Ejército Rojo.

Edicions Internacionals Sedov
Serie: [Trotsky en internet y en castellano](#)



germinal_1917@yahoo.es

⁴ En relación con las derrotas de Kolchak, Yudénich y Denikin, el gobierno británico (fuerza dirigente de la contrarrevolución europea) reconoció la inanidad del plan consistente en vencer a la Rusia soviética por la fuerza de las armas. Ya desde el congreso de los sóviets de diciembre de 1919, nuestro gobierno se dedicó plenamente a examinar el problema del restablecimiento de la economía destruida. En diciembre de 1919 comenzaron las conversaciones del camarada Litvinov con O'Grady, representante del gobierno inglés, en Copenhague.